

¡Portodor!... Cuántos años que no pisaba estas playas de rubia arena, extendidas como velos de gasa de oro; este bosque antiguo, legendario, donde se alza una piedra en equilibrio, la Pena Moura—céltica, según opinión de los arqueólogos locales.—Un sentimiento de sorpresa se apodera de mí al recordar que he travesado y me he escondido en los rincones de la casa en que ahora resido otra vez. El sentimiento de mi propio misterio me inquieta. ¿Soy el mismo que era entonces? Siempre esta incertidumbre me ha preocupado: ¿subsiste la personalidad al través del cambio y evolución de todos sus elementos?

Antes, la casa me parecía enorme: ahora veo que no es muy amplia: consta, como la mayor

parte de estas construcciones del siglo XVII, viviendas de hidalgos poderosos, que quizás sólo las habitaban en la época de la recolección ó de la vendimia, de una torre y un cuerpo de edificio. La torre, nada sombría, nada feudal, se corona de inofensivas almenas picudas. La piedra de armas es enfática, aportuguesada, por lo mismo que se labró en tiempos relativamente modernos — reinado de Carlos II.

Si la casa ha disminuído, el paisaje que se domina desde el segundo piso de la torre me sorprende por más grandioso de lo que suponían mis recuerdos. Al amanecer, la extensión de la ría, poblada de barcas de pesca, es un himno de alegría heroica, el animoso canto de la naturaleza eternamente joven. Algo de esta alegría quiere infiltrarse en mi alma. No sé si porque respiro aire mejor, ó porque el niño ejerce en mí singular influjo,—desde que he llegado á esta aldea riente, saudosa y familiar, un poco de paz, de amor al mundo, entran en mí... ¡Ah! ¡Ya era tiempo!

Me evado del calabozo de mis meditaciones. La dulce, la irresistible corriente de la anima-

lidad me lleva envuelto en su curso benigno. Ando mucho, acompañado de Rafaelín, á quien enseñé los predios y los deliciosos arenales; y los pasos, movimientos, antojos y preferencias del chiquitín evocan los míos; me retrotraen, por la magia psíquica del recuerdo, á los años perdidos, borrados casi en lo consciente de mi ser. Me veo nuevamente—en Rafaelín—recogiendo bocinas, lapas, nácaras y conchuelas, esas conchas de la ría cantábrica, que tienen los reflejos de ardiente irisación y la involución clásica de las del Mediterráneo. Me veo á caza de bellotas y piñones en la selva rumorosa, bajo el enorme pino secular, faro de los navegantes y objeto de las iras del rayo, que le ha mancado dos de sus brazos de Briareo. Me veo sentado en el carro colmo de espigas de maíz, eligiendo entre ellas las *reinas*, las de fruto rojo como granos de granada. Me veo jugando al pie del lavadero, turbio de espuma jabonosa, y, al menor descuido de los que me vigilan, chapuzándome en él. Me veo limosneando á los pintorescos y joviales mendigos cuya salmodia zumbadora, moscona, me

despierta el domingo antes del toque de misa. Me veo refugiándome detrás de una peña, en cueros, para evitar que me bañen—y me veo de repente, por esos cambios súbitos, fantásticos, de la niñez—corriendo hacia el mar riellante y estriado bajo el sol, y adelantándome con tal ímpetu, que tienen que cogermme para que no pierda pie y me hunda en alguna hoya traidora recubierta de arena fina. Me veo mordido por un cangrejo, llorando á perder; me veo saliendo del agua, con un manojito de algas crasas apretadas en el puño, sin querer soltarlas, rabioso porque me las arrebatában tiránicamente... Tales son los gestos míos que reproduce Rafaelín á la distancia de veinticinco ó treinta años; gestos olvidados, gestos pueriles, en los cuales me empapo, por decirlo así, y floto, con lento placer, con la ventura fluida que hacen sentir las cosas nimias y naturales. La niñez de Rafael, sin embargo, se diferencia de la mía, con la diferenciación profunda del carácter. Esta criatura es dócil, amorosa, poco egoísta (dentro del general egoísmo instintivo de la infancia). Sus vivezas terminan en arre-

batos generosos. Además... temo consignarlo, desconfiado como soy de todo afecto... además... este chiquitín... no hay remedio, no se puede negar... ¡este pequeño... me adora! Sí; hay un ser en el mundo, incapaz de ficción, que vive pendiente de mis menores indicaciones y voluntades; hay un ser que no es un perro, y para quien, sin embargo, yo, Gaspar de Montenegro..., soy Dios.

No lo había notado en Madrid; en Portodor he tenido que darme cuenta de ello; el niño ha penetrado en mi existencia; antes estaba solamente al margen. Con tiempo, soledad, libertad y la especie de optimismo físico que aquí me invade—porque duermo canonicalmente y el gusano de la gastralgia no me ataraza el estómago,— he podido disfrutar á mis anchas del pequenuelo, arrebatádoselo á miss Annie, y, tarea más fácil, á Solis.

La inglesa ha protestado con indirectas, con acideces, con actitudes de dignidad, con gestos de displicencia. Penetrada de la alteza de su cargo, no la es agradable que nadie usurpe sus funciones: no se trata de cariño á la criatura;

no se trata del instinto de la mujer verdaderamente mujer, que, sin afectación, se identifica con los chiquillos: se trata de formalismo, de literalismo: me he encargado de esta tarea, pues á mí me corresponde; es *my right*, y nadie se meta á ejercerlo.

—Miss Annie—la digo:—hágase usted cargo de que estamos en vacaciones. A mí me divierte llevarme al pequeño por ahí... Supongo que usted no se opondrá.

—Yo debiera ir con ustedes...—responde la rubia, quejosa, envarada.

—Unas veces irá usted, y otras no; según cuadre... Aquí, un poco de libertad... Ruego á usted, miss Annie, que se tome distracciones; á todos nos convienen. Excursione usted; mande enganchar el cesto; hay un borriquillo con jamugas; si quiere usted, se traerá de Madrid una silla de señora; no faltará un jaco; encargaremos una bicicleta... Nada de sujeción. ¡Á divertirse!

—Gracias, míster Montenegro...

El tono era seco; la palabra rebotaba en los labios, donde una espumilla iracunda se disolvía quizás...

No conforme, Annie se dedicó, entre otros deportes, al de sorprendernos á Rafael y á mí. No habiéndole yo fijado por qué parte de la campiña debía excursionar, con maravilloso olfato adivinaba la dirección de mis paseos, y se nos aparecía cuando menos lo pensábamos, vestida corto de franela *tennis*, gorra con insignias de algún club británico, palo de alpinista, y el pie cautivo, sin malicia aparente, en botitos recios y planos. Su figura moderna, atrevida, exótica, *componía* sobre el fondo de los pinos ancestrales, ó al lado del caduco dolmen con barba de musgo. Nos saludaba; dirigía alguna observación al niño: "*Baby*, estáis sofocado, no os paréis.—Vais sucio; permitid que os limpie la cara un poco..."; y ante mi silencio, erizado de retraimiento, se retiraba, no sin haber declarado el aspecto del paisaje a *very charming one...*

Apariciones análogas hacía Solís. Estas me molestaban menos. El futuro preceptor ejercía sobre mí el atractivo de su complicada alma, de su psicología laberíntica. ¿Sería cierto que buscaba la emoción suprema, aquella en que

el hombre se hombra con el Creador deshaciendo su obra?

La tez de Solis, que el aire libre y la brisa salitrosa empezaban á tostar; los labios, algo menos descoloridos, pero siempre contraídos por triste gesto; las facciones irregulares, de expresión huraña—no revelaban que estuviese del todo reconciliado con la dura obligación de arrastrar el vivir. Sentía yo á veces impulsos de provocar sus confidencias, y no quería seguirlos porque era demasiado atrayente para mí el enigma de aquel espíritu, y si me enfrasco en él, adiós la sana delicia de mis paseos con el niño, adiós la sedación disfrutada á su lado, preocupándome de sus antojos, respirando con infatuación de ídolo el incienso del culto que me tributa... Lo repito, soy su divinidad. Alma nueva, creyente, y á la cual todavía no se le ha inculcado principio alguno, su necesidad de venerar y de esperar la satisfago yo. Echados al pie del vasto pino musical, donde el hondo soplo marino *zoa* y *brúa*—dos onomatopeyas regionales que no tienen equivalente en castellano, tal vez porque en Castilla no se abra-

zan los pinos y las costas,—el niño, al encontrar mi cabeza al alcance de sus manos de manteca y de su boca de guinda, se apodera de mí, y me cierra los párpados á caricias, repitiendo en monótono sonsonete y en jerga anglohispana:

—*Father* bonito, *father* bueno, *father* mono, *father* rico, *father* santo, *father* guapo, *father* que manda en todos, en todos, en todos...

De mi absoluto poder tiene tal idea, que me dice, la víspera de una excursión que le anuncio:

—¿Y mandarás que no llueva, eh, *father*? Que haga buen *weather*—sonríe y chapurrea, volviéndose hacia miss Annie para desenojarla.

En su anhelo de ser querido por todos, el chiquitín adivina el rencor mudo de la institutriz, y no cesa de aplacarla con zalamerías... Ella no se doblega, no se amansa. Conserva su agravio en vinagre—como suelen estas naturalezas estrictas, esclavas de un contrato, pero ocultamente ambiciosas...

XIII

El desquite, el triunfo de miss Annie, es la hora del baño de mar. El niño, entonces, la pertenece por completo, y, al principio, no sé si calculadamente, la inglesa se opuso á que yo presenciase de cerca este rito sacro; porque, desde lejos, no habría modo de impedirlo. Yo me impuse.—El playazo donde se baña Rafael es mío; forma parte de la posesión. Lo cercan altos álces, formidables—que se crían aquí y echan su pitón de oro, como si estuviésemos en alguna tierra africana.—Miss Annie entra en el agua con su alumno. En vano Solís, angustiosamente, tercamente, ha reclamado para sí el privilegio de bañar á Baby. ¿Qué le importa? ¿Por qué insiste?.. ¿Acaso?... Estemos

sobre aviso.—Y, para forzar la tensión, excluyámosle de la playa.

En una caseta de lona á rayas rojas y grises se desnudan y preparan Baby y Annie, ayudados de una rapaza humilde, una sierva del terruño. La arena, tersa y compacta, convida á pisarla con pies descalzos, y despide calor vibrante bajo la refracción solar... Conchillas rosadas y pequeñas, como orejas de muchachas bonitas, la esmaltan allí donde la ola dejó un borde de vegetaciones salobres, húmedas aún, de un verdor luminoso. Una beatitud material, voluptuosa, emana de esta marina apacible en que parecen inverosímiles los naufragios; son risas subacuáticas de náyades retozonas lo que riza y ondula el cristal del agua, y, para mayor mitologismo, ayer he visto saltar á corta distancia á los delfines—que llaman *golfinos* aquí.—Me siento bajo el quitasol, en un peñasco excavado de oquedades colmas de agua, donde corretean vivaces cangrejillos y se des-perezan actinias cabelludas.—Y miro, miro, aletargado el pensamiento.—El niño sale de la tienda de campaña: viene encogido, á remol-

que, deseoso de ocultarse, con esa repulsión instintiva de las criaturas al agua, ó mejor dicho, á la primera sensación de frío y al terror de lo inmenso. Admiro su torso gentil, que empieza á perder las redondeces crasas del bebé y á estirarse un poco, con tendencia á ser musculoso y firme, tallado en roble. Admiro sus brazos adorables, su pie delicado, su vientrecillo, igual á una de estas conchas trigueñas y curvas; su testa de angelote, de rizos brillantes, sedosos.—Detrás de él asoma Annie, agarrándole de la mano y empujándole. La franela blanca de su traje masculino, corto de brazo y pierna, es menos dulce de color que su nuca, descubierta, porque la gorra de hule recoge el pelo, no tanto que unos *abuelos* locos no diableen cerca del arranque de las espaldas. Jamás me he dado cuenta de este carácter étnico, la blancura de la piel inglesa, como ahora. Es un blanco que será desesperante para un pintor: un blanco tintado imperceptiblemente de rosa te, un blanco virginal, "carne de doncella"... La misma blancura á lo Van-Dick se nota en la pierna larga, esbelta, derecha; en el brazo

duro, nada corto; en el pie de mármol, cuyas uñas descubro que están limadas cuidadosamente, y abillantadas, sin duda, con polvos de coral, pues una vez más me reproducen la imagen, sensual y delicada, de las menudas conchas traídas por la ola, envueltas en perlas verdosas, resbalantes.

La inglesa se apresura, semidesnuda, púdica y resuelta; se lanza con el niño, animándole: *Hip, Baby, go*; oigo el chillido del pequeño, acortado, sofocado por la misma violencia de la impresión, y mientras Sardiñete, el marinero contratado para asegurar de todo riesgo á Rafaelín, le coge y le sostiene dentro de las mansas olas, Annie rompe á nadar, diestramente, y se aleja, se aleja, delatada por la ligera espuma que sus brazos y pies levantan al palear avanzando. La veo á bastante distancia, echada sobre el lomo azul de este mar peregrino, mar griego en costas del Noroeste; saco del bolsillo mis gemelos marinos, y entonces me salta á los ojos, acrecentada por el misterioso rielar del agua con ziszás de sol, la blancura de ondina de los brazos, de las

piernas, de la garganta, y la risa silenciosa de la boca emperlada de anchos dientes, otro género de blancura deslumbrante... Pero ¿qué es lo que pasa? Annie ha hecho un movimiento, se ha quitado su gorra de hule, el único recato de su atavío de bañista; el pelo rubio, mojado, se esparce y la rodea de una aureola de serpezuellas de cobre... ¿Sabe que la miro? ¡De cierto!—Y, con paladas suaves, casi negligentes, vuelve hacia la orilla, toma al niño otra vez de la mano—imperiosa, pues el chico se resiste á salir y juega en el agua—y de pronto se detiene, sin soltar á Rafaelín.

—¡Sardiñete! ¡Por Dios... Mi capa! La olvidaba... ¡Está en la tienda! ¡La tiene Flores!...

Mientras el marinero busca la capa que ha de cubrir á la miss, ella permanece descubierta y en pie frente á mis ojos, tal vez los únicos que la contemplan. ¿Para qué pide la capa?...—La franela se pega á sus formas como el lienzo húmedo de los escultores á la estatua. Detallo el armonioso y contenido desarrollo de su hermosura. El mar, benignamente, se acerca á la peña donde me siento, se retira, deposita algas

brillantes, deja en seco moluscos palpitando de vida... Los álces son de bronce; sus enormes hojas carnosas y apuntadas se dibujan sobre el cielo sin nubes. Mi cabeza está vacía y mis venas hierven...

Me incorporo, cierro el quitasol, y sin esperar á que miss Annie se vista y vista al chico, emprendo la cuesta que conduce á la torre de Portodor — entre grupos de mimbrales, encinas, castaños, viñedos, oyendo el glugu del agua en los molinos, y el silbo de los mirlos que, digeridas las cerezas de Julio, esperan las uvas de Septiembre... Corro, porque la mujer me ha arrollado—y necesito estar conmigo á solas, pensar, recaer en el cerebro, libertándome de lo sensible.

Y era claro como la luz que este fenómeno había de presentarse á su hora. ¿Acaso no sé que hay en mí dos hombres, un meditativo espiritualista y un corrompido epicúreo? ¿Ha pasado cerca de mí ninguna manifestación de belleza femenil que no me estremezca? Excepto la pobre Rita... Pero esa era ya un fantasma cuando la conocí.

Por otra parte, me encuentro sometido á un régimen absurdo. Soledad, naturaleza, alimentación de pescado, fósforo, aire, sueño, el aguijón vital sobrepuesto á la adoración secreta de la Nada... ¿Hay en Portodor otra mujer más que Annie? Las pescadoras son muy gallardas; las señoritas del pueblecillo quizás no dejen de atesorar hechizos para los horteras que vienen á baños y fraternizan y sudan agarrados á ellas en los bailes del "Casino Portaurense"; pero yo no he de aproximarme ni á unas ni á otras. En la duda, las pescadoras serían preferibles... si no fuese la acuidad de mi sentido del olfato, y aun del tacto, porque estas sirenas airosas y bravías llevan, textualmente, coraza de escamas de pez. En resumen: he aquí que Annie constituye para mí un peligro: puede echarme á perder la temporada. Ciertamente que no ejerce el menor influjo sobre lo hondo (¡sí, para ella estaban las telas de mi corazón!), pero, á flor de lo sensible, preso me tiene. Con mirada á la vez turbia y lúcida, la recorro, la desmenuzo. Hay horas en que me olvido de Rafaelín; hay momentos en que temo ser arrastrado por mi antojo.

Y véase cómo acertaba Camila, y los murmuradores y todo el buen sentido, cuyos aciertos tienen la virtud de irritarme más que si fuesen errores. Me indigna que una parte de mí mismo esté sujeta á las fáciles previsiones de los cotarros parleros. "Ese solterón va á caer con la miss"... Pues, señores patitos de charca, no caeré, ó al menos no caeré como ustedes suponen. Soy jeroglífico que ustedes no descifrarán.

Hasta acertaron en lo de que Annie pica alto y á quien "pone los puntos" es á los señores. Ahora interpreto mejor aquel afán de acompañarnos á Rafael y á mí. Su juego está descubierto... Pierdes el tiempo, cándido trozo de nieve solidificada y teñida con el zumo de un pétalo de flor. No te sueltes el pelo, no finjas haber olvidado la capa para quedarte, chorreante y guanteada por tu tunique de franela, ante mí. Tengo contra ti un escudo, que es la meditación. Te medito, te escudriño con el pensamiento; no encierras para mí atractivo alguno de curiosidad; sé de antemano el género de impresión que puedes ofrecerme; no

soy de los que á cada copa nueva y á cada nuevo licor suponen embriagueces distintas—y, libre de ilusiones, aunque no de fervorines de la sangre—me limito á esas ojeadas furtivas del gotoso goloso, que avizora en el escaparaté el plato prohibido por su régimen y del cual sabe que, precavido, no comerá.

Comparo el estado de mi espíritu á un entremés que á veces nos presenta el cocinero: una exquisita crema de chocolate hirviente que viene á la mesa dentro de un aro de queso helado compacto, duro. Cuando te sirves del piperete, Annie, no sabes interpretar mi sonrisilla. En el centro de mi bloque de hielo hay calor—demasiado calor,—pero el hielo no se liquidará. No cantes victoria, hija de la pérfida Albión, porque notes la eléctrica sacudida que me causa tu presencia. Yo no soy esa parte de mi ser á quien tu blancura ha trastornado. Yo soy el que piensa, razona, conoce, prevé, diseña. Yo soy el que ama otras cosas muy obscuras, muy sombrías; yo soy el galán de la Negra... Soy su trovador, su romántico *minne singer*, capaz de cortarse un dedo, como se lo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1525 MONTERREY, MEXICO

cortó aquel de la leyenda, para enviárselo á su princesa y dama.

El niño puede distraerme de este ensueño viejo; tú no, aunque juegues á salir de las olas, salvo la franela, como Afrodita...

A diversión tomo el engañarte inocentemente. Ya que tú me has perturbado en mi calma, te perturbaré en tus ambiciones. Gozo en hacerte creer, con indicaciones que aparento que se me escapan á pesar mío, que me traes fascinado, que lucho para no ceder al imán. Finjo suspiros, afecto brusquedades, hago como si tragase frases encendidas, bordo rendimientos, entretejo insinuaciones. Y así que te veo encandilada (no por mí, por mis accesorios de dinero y posición), hago la comedia de la retirada; me llevo á Rafaelín al bosque, á la playa, á los molinos, á los maizales, á los setos de zarzamoras, donde nos ponemos como dos bandidos—y echándome á cuatro patas, le digo á la criatura:

—Súbete: soy tu caballo, ó tu pollino, como quieras... Para ti, nenito, soy asno. ¡Sólo para ti!

XIV

En el juego y desquite que mi cerebro se toma, entreteniéndose en presenciar y aun en provocar conflictos espirituales, encuentro un aliciente inesperado: además de Annie, otra persona está pendiente de mi escarceo. ¡Ya me lo sospechaba yo! Por lo visto, Desiderio Solís ha caído; había caído, por mejor decir, en las redes de la común enemiga y conservadora del género humano...

Vuelvo á concentrar mi atención, un momento distraída por un ampo de blancura en una encarnación femenil, en el alma que creí atormentada, complicada y simpática á la mía, del joven futuro preceptor... No, preceptor no; no temas, Rafaelín; te buscaremos un guía no